

El hedonista que llevamos dentro (Exposición «Existencia hedonista»)

Conocí a Sergio Muro y su obra allá por un lejano 2008, momento de euforia en Zaragoza con una Exposición Internacional que nos iba a «colocar en el mapa», aunque, a decir verdad, yo nunca había encontrado dificultad alguna en situar la ciudad en la cartografía. Mientras, en el *mundo*, el nuestro, el occidental, se gestaba una de las mayores crisis sociales y económicas que han sacudido nuestras autocomplacientes sociedades del *primer mundo*. Zaragoza se enteró un poco más tarde que el resto de aquella bofetada: era nuestro año hedonista, largamente esperado desde 2004, en el que nos dimos un baño de masas, eventos, conciertos, visitas de jefes de estado y personalidades de todo ámbito y pelaje que pasaron por la ciudad del viento. En ese contexto conocí a Sergio Muro, alguien en quien es difícil diferenciar a la persona del artista, separar a Sergio de Muro.

Desde las primeras *performances* a las que acudí en las distintas ediciones del festival *Out of Mind* que organizó en Zaragoza y el descubrimiento de su pintura, lo que vi fue un artista comprometido consigo mismo y con los acontecimientos con los que, cada día, nos desayunamos desde el sofá de casa, café mañanero en mano. No busca Muro, así lo veo yo, un arte complaciente para conciencias que quieren seguir siendo inconscientes. Lo cual no deja de ser irónico en una muestra cuyo hilo conductor es el hedonismo, el placer por el placer, el disfrute como *leit motiv*.

Con esos comienzos, fui descubriendo su trayectoria pictórica y sus distintas etapas, y, conforme fui conociendo al artista y a la persona, supe que, tarde o temprano, tendría un *Muretti*. Por motivos de edad, precariedad habitacional o monetaria, que todo es lo mismo, tuve que esperar unos años hasta poder hacerme con un lienzo de buenas dimensiones. Y la visita a su estudio fue larga, ¿porque quién no dedica tiempo cuando tiene la oportunidad de visitar el estudio de un artista de la mano del artista? ¿Quién no ha decidido ya qué obra es la que le ha pegado un puñetazo en el estómago, pero hace como que necesita ver más, solo por el placer de alargar esa experiencia? Quien se encargó de darme ese gancho bajo, desde el vientre hasta el mentón, fue este púgil de piel lechosa y actitud indolente. Lo coloqué en un caballete, como «*posible*», y seguí haciendo sacar a Muro cuadro tras cuadro, por el puro placer de imbuirme de su obra y alargar ese momento del disfrute «*porque sí*». Hedonismo, simple y llanamente. Cuando me dijo el título de la obra, sonreí: «*El hedonista*». La decisión era más que obvia.

En la obra de Sergio Muro, con un estilo tan característico que se mueve en los parámetros de lo figurativo con un inconfundible sello *naif*, «*El hedonista*», junto a un pequeño puñado de lienzos de la misma época, destaca por el tema, la composición y la figura individual en un espacio indeterminado, en actitud difícil de averiguar. ¿Va o viene? ¿Mira o se expone? ¿Habla o escucha?

Desde que llegó a mi casa, «*El hedonista*» ocupó diferentes lugares, hasta que encontró un sitio, no ya para ocupar, sino para presidir. Muro no hace arte para decorar, que para eso ya están las láminas sin alma de Nueva York o de cualquier otro lugar común que encontramos en las grandes superficies comerciales o en las cafeterías que se fotocopian unas a otras. El arte de Muro está hecho para provocar emociones, y, con «*El hedonista*», mi relación personal baila en función de mi estado anímico o vital.

A veces, llevo al salón, me siento en el sofá, me pongo una cerveza, o un *spritz*, que uno, de vez en cuando, saca su lado *snob*, y de repente me veo a mí mismo ahí, en bata, en calzoncillos, con un sentimiento de «*me da todo igual*», por no decirlo en términos más coloquiales y escatológicos, y ese rato es para mí. En otras ocasiones no

estoy para tocar las castañuelas, y ahí sigue, diciéndome que arriba ese cuerpo y ese espíritu, que hay una dosis de hedonismo imprescindible en nuestra condición humana a la que tenemos que dar de comer de vez en cuando.

Eso es «*El hedonista*» para mí, el ser humano primario y esencial que habita dentro de cada uno de nosotros. Sin uniformes, sin caretas, sin convencionalismos. Tengo una gran amiga que hay días en los que solo quiere ponerse «*música triste y llorar en bragas en la cama*»; quizás no parezca una actitud muy hedonista, pero desde luego conecta con su parte más humana e íntima, en contraste con la imagen pública que cada uno trata, como puede o sabe, de proyectar. Como esta pintura.

No puedo poner en boca del artista palabras que no son suyas, pero a mí esta obra me lleva a las representaciones de Akenatón junto a su esposa Nefertiti, dos hedonistas «*high class*», con sus barrigas redondas, plenas y felices, alejadas del hieratismo oficial egipcio que precedió y sucedió al corto reinado de este faraón y cuyos coetáneos pretendieron borrar de la historia, haciéndolo de esa forma aún más inmortal. También el espacio irreal e indefinido me transporta, cambiando la gama cromática, a la *Logia Negra* de Twin Peaks (gracias, Lynch). Y, poniéndonos un poco el traje de la erudición y la pedantería, a aquellos espacios oscuros, lúgubres y tenebrosos donde Francis Bacon situaba a sus figuras y que tanto horrorizaron a Margaret Thatcher. Es imposible no ver esa huella si uno se encuentra, por ejemplo, con «*Seated figure*», los estudios para el retrato del Papa Inocencio X o el tríptico de Lucian Freud. Aparte de los espacios y la composición, también el cuerpo de «*El hedonista*» se transforma en esa carne animal y cruda que tanto gustaba de representar el artista británico.

La obra es de noviembre de 2019, con la que se nos venía encima pocos meses después, igual que cuando conocí a Muro en 2008, aunque por motivos diferentes. Otra enorme crisis existencial y humana que reclamaba su lugar en los libros de historia. Yo descubrí «*El hedonista*» en abril de 2021, cuando la necesidad de recuperar los pequeños placeres, el contacto social y humano, la tranquilidad, a fin de cuentas, no eran un deseo, sino una urgencia. Era la obra, era el momento, y Sergio Muro era el artista.

Ramón Alberó, abril de 2025.